

# Médicos y comedia del Siglo de Oro: de la tradición oral a unos ejemplos en Tirso de Molina

FRANCISCO FLORIT DURÁN

Universidad de Murcia

Unas de las figuras más ridiculizadas por el folclore y la literatura del Siglo de Oro es la del médico. Aunque en el origen de la caricatura burlesca quepa hallar una base real, lo cierto y verdad es que el galeno se convierte en un personaje literario y oral, paradigma de la ignorancia, la avaricia y la estulticia. Una imagen, pues, sometida a las más afiladas sátiras por parte de los escritores de nuestra época áurea y con un sostenido reflejo en la tradición oral. Buena muestra de lo dicho es un texto de Quedo donde se dan una serie de consejos para alcanzar el doctorado hipocrático:

Si quieres ser famoso médico, lo primero linda mula, sortijón de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga, y en verano sombrero de tafetán. Y en teniendo esto, aunque no hayas visto libro curas y eres doctor, y si andas a pie, aunque seas Galeno, eres platicante. Oficio docto, que su ciencia consiste en la mula.

La ciencia es esta: dos refranes para entrar en casa; el *qué tenemos* ordinario, *venga el pulso*, inclinar el oído, *¿ha tenido frío?* (...) Recetar lame-

dores, jarabes y purgas, para que tenga que vender el boticario, y que padecer el enfermo. Sangrarle y echarle ventosas; y hecho esto una vez, si durare la enfermedad, tornarlo a hacer hasta que o acabes con el enfermo o con la enfermedad. Si vive y te pagan, di que llegó tu hora; y si muere, di que llegó la suya. (...) Y para acreditarle de que visitas casas de señores, apéate a sus puertas, y éntrate en los zaguanes, y orina y tórnate a poner a caballo; que el que te viere entrar y salir, no sabe si entraste a orinar o no. Por las calles ve siempre corriendo y a deshora, porque te juzguen por médico que te llaman para enfermedades de peligro (1).

En esta caricatura burlesca cabe encontrar casi todos los ragos que configuran la imagen del médico: ignorancia, recetar invariablemente purgas y sangrías, amor desmesurado al dinero, su condición de matasanos, hipocresía, astucia malintencionada, etc. Caricatura, por otra parte, que alcanzará el grado de lugar común a fuerza de ser repetida por todos los autores de la época. Sale de nuestro intento enumerar las frecuentes apariciones de semejante caricatura burlesca en las letras áureas, pues tal empresa ya la ha llevado a cabo el hispanista Maxime Chevalier (2).

Lo que interesa ahora es recordar algunas de las referencias a los médicos que se encuentran en la obra de Tirso de Molina, para acabar citando dos casos que nos parecen especialmente interesantes por el contexto en el que están. Uno de los ejemplos más conocidos puede leerse en la comedia *Don Gil de las calzas verdes*: el gracioso Caranchel ha sido criado de muchos amos, entre los que se cuenta un médico del que dice:

Y juro a Dios que, teniendo  
cuatro enfermos que purgar,  
le ví un día trasladar  
(no pienses que estoy mintiendo)  
de un antiguo cartapacio  
cuatro purgas, que llevó  
escritas (fuesen o no  
a propósito) a palacio;  
y recetada la cena  
para el que purgarse había,  
sacaba una y le decía:  
«Dios te la depare buena» (3).

Se trata efectivamente, de un cuentecillo de la tradición oral que tuvo una enorme fortuna en la época (4). Su tradicionalidad viene avalada por la sentencia «Dios te la depare buena» que aparece recogida como refrán por Gonzalo Correas:

(1) QUEVEDO, *Libro de todas las cosas y otras muchas más, Obras satíricas y festivas*, edición de José M.<sup>a</sup> Salvaverriá, «Clasicos Castellanos» n.º 56, Madrid, Espasa-Calpe, 1965, pp. 145-146.

(2) MAXIME CHEVALIER, «Le médecin dans la littérature du Siècle d'Or» en el volumen colectivo *Le personnage dans la littérature du Siècle d'Or*, París, Éditions Recherche sur les Civilisations, 1984, pp. 21-37.

(3) *Don Gil de las calzas verdes* en *Obras Dramáticas Completas*, edición de Blanca de los Ríos, Madrid, Aguilar, 1946-1962, vol. I, p. 1717a. En adelante abreviaremos ODC.

(4) MAXIME CHEVALIER en su libro *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*, Madrid, Gre-dos, 1975, pp. 127-129, recoge varias versiones literarias de este cuento folclórico. Véase la siguiente que se

Dios te la depare buena.

Dicen que un médico ignorante, que no sabía recetar, tomó de casa de un boticario muchas recetas en una alforja, y fuese por los lugares que no era conocido a curar, y a cualquiera enfermedad que se ofrecía sin distinción sacaba una receta de la alforja y dábala al enfermo, y decía: «Dios te la depare buena» (5).

Obsérvese, por parte, cómo esta frase proverbial, aparte de tener la cualidad de contraseña en la conversación cotidiana, según nos recuerda M. Chevalier (6), también funciona como tal en la creación literaria. Quiere decirse que cuando un autor describe a un médico dicha frase proverbial le sirve de mecanismo que le haga recordar el tratamiento dado por el folclore a los descendientes de Hipócrates y, en consecuencia, presentar al médico como un personaje ignorante, tal y como lo describe este cuentecillo.

En otra comedia tirsiana, *El amor médico*, encontramos dos nuevos casos en los que se pone de relieve la ignorancia de los médicos. Dice así el primer relato:

#### QUITERIA

Diz que en Madrid enseñaba  
cierto verdugo su oficio  
no sé a qué aprendiz novicio,  
y viendo que no acertaba,  
puesto sobre un espantajo  
de paja, aquellas acciones  
infames de sus liciones,  
le echó la escalera abajo,  
diciéndole: «Andad, señor,  
y pues estáis desahuciado  
para oficio de hombre honrado,  
estudiad para doctor». (7)

El siguiente ejemplo ridiculiza aún más a los doctores:

#### QUITERIA

Tuvo un pobre una postema  
(dicen que oculta en un lado),  
y estaba desesperado

---

encuentra en el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán: «Quisome parecer a lo que aconteció en la Mancha con un médico falso. No sabía letra ni había nunca estudiado. Traia consigo gran cantidad de recetas, a una parte de járabes y a otra de purgas. Y cuando visitaba algún enfermo, conforme al beneficio que le había de hacer, metía la mano y sacaba una diciendo primero entre sí: «¡Dios te la depare buena!», y así le daba la con que primero encontraba».

(5) GONZALO CORREAS, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, edición de Louis Combet, Bordeaux, 1967, p. 327a. Modernizo la ortografía para facilitar la lectura.

(6) El hispanista francés señala: «En efecto, dicha frase proverbial va a funcionar como contraseña que asegura la constante presencia del cuento en la conversación cotidiana», *Folklore y literatura: el cuento oral en el Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1978, p. 50.

(7) *El amor médico*, prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente y M.<sup>a</sup> Josefa Canellada de Zamora, «Clásicos Castellanos», n.º 131, Madrid, Espasa-Calpe, 1947, vss. 185-196, p. 12.

de ver la ignorante flema  
 con que el doctor le decía:  
 «En no yéndoos a la mano  
 en beber, moríos, hermano,  
 porque ésa es hidropesía».   
 Ordenóle una receta,  
 y cuando le llego a dar  
 la pluma para firmar,  
 la mula que era algo inquieta,  
 asentóle la herradura  
 (emplasto dijera yo)  
 en el lado, y reventó  
 la postema ya madura;  
 con que cesando el dolor,  
 dijo, mirándola abierta:  
 «En postemas, más acierta  
 la mula que su doctor». (8)

La lógica conclusión que cabe extraer de este cuentecillo es que la mula sabe más medicina que el médico. Idea que el propio Tirso expone en su comedia *El árbol de mejor fruto*:

MINGO

¿Pues no ha llevado al doctor  
 la cansada mula a cuestas?  
 ¿No es bien que a quien más trabaja  
 se dé mejor de cenar?  
 Luego bien hice de dar  
 al doctor cebada y paja,  
 y a la mula la gallina.

NISE

¡Calla, bestia!

MINGO

¿Pensáis vos?  
 que no sabe de los dos  
 la mula más medicina? (9)

Hasta ahora la característica satirizada por los personajes de la piezas tirsianas es la de la ignorancia del doctor. Sin embargo, este desconocimiento del oficio puede ocasionar, según los relatos tradicionales y los textos de los escritores de la época, la muerte del paciente. De modo y manera que el médico aparece configurado como un

(8) *Ibid.*, vss. 205-224, pp. 12-13. M. CHEVALIER, «Le médecin...», art. cit., p. 24, recoge otras versiones de este relato.

(9) *El árbol de mejor fruto*, ODC, III, pp. 315b-316a.

matasanos. La ecuación médico = asesino queda puesta de manifiesto en las siguientes palabras de Quevedo, donde la caricatura alcanza el prodigio:

Otrosí, por las muchas iras y enojos, escándalos, venganzas, muertes y traiciones que en bandos y parcialidades suelen suceder, vedamos todas las armas aventajadas y dañosas, como son pistolas, espadas, arcabuces y médicos. (10)

Por supuesto que a nuestro Refranero no se le ocultaba la capacidad del médico para matar. Varios son los refranes recopilados por Correas en los que se indica este hecho:

El médico empieza donde el físico lo deja, y comienza el clérigo donde acaba el médico.

Comienza este refrán diciendo la orden de estudio: entre el médico estudiar la medicina; después pasa a comenzar el clérigo y ganar en los que el médico mata.

Los yerros del médico encubre la tierra: los de rico; la hacienda.

Los yerros del médico, la tierra los cubre. (11)

Martínez Kleiser, por su parte, también reúne varios refranes del mismo tenor en el *Refranero General Ideológico Español*, he aquí tres que pueden servirnos de muestra:

Dijo el médico a la muerte: «¿Conmigo quieres ponerte?» (12)

El médico que mejor cura, a algunos manda a la sepultura. (n.º 40.436)

Buen arte es el médico, que sotierra su yerro. (n.º 40.444)

Tampoco Tirso de Molina se queda fuera a la hora de burlarse de los matasanos:

CRESPO

Dalde vida, que es afrenta  
que de comer ensalada  
muera una mujer honrada  
sin estar calenturienta.  
Si la matara el dotor  
entre los más que ha matado  
que, aunque necio, es licenciado,  
diérame menos dolor;  
que, en fin, el puebro y alcalde  
le pagamos y hace bien,  
en matarnos, que no es bien  
que le paguemos de balde. (13).

(10) QUEVEDO, *Premáticas y aranceles generales, Obras satíricas y festivas*, ed. cit., p. 48.

(11) GONZALO CORREAS, *Vocabulario de refranes*, ed. cit., pp. 115b y 222a.

(12) *Refranero General Ideológico Español*, edición de Martínez Kleiser, Madrid, Hernando, 1978. Este refrán citado hace el n.º 40.354 de la colección. Ponemos al lado de los otros dos refranes el número que indica el orden en el que aparecen.

(13) *Santa Juana (parte tercera)*, ODC, I, p. 902b.

Esta ignorancia asesina del médico suele encubrirse con un lenguaje oscuro, esmaltado de aforismos, una jerigonza incomprensible para los sufridos pacientes que caen en sus manos. Véanse estas palabras pronunciadas por la doña Jerónima de *El amor médico*:

JERÓNIMA

Tenéis toda la región  
del hígado por la cólera  
lesa, que con la pituita  
quemándola se incorpora.  
Ahora bien, señora mía,  
vuesiría se disponga  
a preservar accidentes  
que la experiencia diagnóstica  
nos indica: lo primero,  
con dieta flemagoga  
y algo colagoga, enfrene  
cualidades licenciosas.

ESTEFANÍA

Doctor, habládme en romance. (14)

Tirso de Molina, pues, dibuja una caricatura del médico apoyándose en la tradición oral. Le atribuye los rasgos que refranes y cuentecillos recogen del acervo popular y que los demás escritores utilizan. Por otra parte, los textos tirsianos citados proceden de sus comedias y están puestos, casi todos ellos, en labios de la figura del doñaire. Se trata, por consiguiente, de una amable burla que divertiría al heterogéneo público de los corrales de comedias, perfecto conocedor de refranes y cuentos en donde se satiriza al médico. Sin embargo, hay dos ocasiones en la producción literaria de Gabriel Téllez en las que la puntada irónica contra los médicos sorprende al lector u oyente. La primera de ellas resulta especialmente inquietante. Nos referimos a las palabras que pronuncia, poco antes de morir, el judío Ismael en *La prudencia en la mujer*. Como se recordará Ismael es el médico hebreo que, llevado por las promesas de futuras riquezas que le hace el Infante don Juan, trata de asesinar con un veneno preparado por él al niño-rey don Fernando IV. Gracias a la intervención de la reina doña María, madre de don Fernando, se evita el asesinato. Pero lo interesante es lo que viene después: la heroína castellana le hace tomar el bebedizo a Ismael y he aquí las palabras que Tirso pone en labios del hebreo ante las puertas de la muerte:

Ya mis espíritus truecan  
el ser vital que desatan.  
Si los que curando matan,  
pagaran por donde pecan,  
dieran menos que ganar  
a los curas desde hoy.

(14) *El amor médico*, ed. cit., vss. 1687-1699, p. 71.

El primer médico soy  
 que castigan por matar.  
 Ya obra el veneno fiero;  
 ya se rematan mis días.  
 ¡Favor, divino Mesías,  
 que vuestra venida espero!

(*Vase por la puerta del fondo,  
 y cae muerto dentro*). (15)

Una pregunta se impone: ¿cómo es posible que en una atmósfera trágica, en un momento de máxima tensión dramática, Tirso deslice esta sátira de raigambre folclórica y de tono humorístico? ¿Cuál es la razón por lo que nuestro comediógrafo violenta la necesaria coherencia textual? En modo alguno debe pensarse en el hecho de que Tirso se deje llevar por algo parecido a una memoria involuntaria de la tradición oral y que, en virtud de ello, asocie mecánicamente médico con matasanos. Piénsese que Téllez fue un escritor muy consciente de su condición de tal y su creación es reflexiva y meditada. La posible respuesta, si es que la hay, debe venir dada en función de la índole especial de la comedia barroca y, sobre todo, del teatro de Tirso de Molina. Nos referimos a la condición tragicómica de este teatro y al hecho de que el Mercedario nunca escribiera una tragedia, a diferencia de lo que hicieron Lope de Vega y Calderón de la Barca. En consecuencia, aunque el judío Ismael es una figura de tragedia histórica, la manera tirsiana de entender la escena barroca no puede aceptar que la muerte de un médico horrorice a los espectadores, puesto que éstos acudían a los corrales de comedias a pasar un buen rato y a divertirse. Tirso, sabedor de los gustos del público, coloca la sátira de estirpe folclórica con el propósito de aliviar la tensión dramática. De este modo lo trágico y lo cómico se unen.

No se nos oculta, por otra parte, que pueda haber una actitud antisemita en Tirso, pues la burla, ciertamente, quita dignidad y grandeza a la muerte de Ismael. Pero esto plantea una casuística ideológica en la que no podemos entrar ahora. Asimismo, apartando la idea de antisemitismo, es posible pensar en la condición de personaje culpable que presenta el hebreo. Visto bajo este aspecto, su muerte no debe tener el *pathos* propio de la muerte de un héroe; Ismael es un traidor y su salida de las tablas ha de carecer de toda dignidad y patetismo. Con todo, a nuestro modo de ver, la explicación más verosímil es la expuesta en primer lugar, sin descartar la idea de que tal vez las tres hipótesis manejadas influyeran en el ánimo del Mercedario. La verdad es que si se piensa globalmente en la producción dramática de Tirso, se observa que su autor nunca prodiga los momentos trágicos y procura siempre mezclar pasos alegres con situaciones tristes, siguiendo el precepto de Lope en el Arte nuevo.

El segundo caso, si bien es menos inquietante que el anterior, no deja de ser igualmente curioso. En la miscelánea *Deleytar aprovechando* Gabriel Téllez sustituye las comedias y las poesías profanas que aparecen en los *Cigarrales de Toledo* por autos sacramentales y poemas de exaltación religiosa. En una de las poesías consagradas a festejar la canonización de San Francisco Javier se puede leer lo siguiente:

(15) *La prudencia en la mujer*, ODC, III, p. 922b.

A vosotros, albéitares barbones,  
 con el médico título arrogantes,  
 de pulsos tentación, y de doblones,  
 mulas en mulas, gorgorán, y guantes,  
 que con recetas derribáis Sansones,  
 de nuestras vidas pródigos tratantes,  
 urracas de aforismos indigestos,  
 que siendo simples ordenáis compuestos. (16)

Nótese, en primer lugar, como Tirso apostrofa a los médicos sirviéndose de buena parte de los rasgos que, según la tradición oral, caracterizan a los descendientes de Hipócrates. Ya se ha hecho mención del calificativo de matasanos y de la apretada unión entre el médico y la mula; aspectos que también aparecen comentados en estos versos. Debe señalarse con respecto a las otras características aquí reseñadas que no pocos cuentecillos y refranes equiparan al galeno con el albéitar, lo cual, evidentemente, va en menoscabo del primero. Sirvan de ejemplo estas palabras de Correas en su *Vocabulario*: «A los de la facultad no llevamos dinero. Dijo esto un albéitar a un médico que le pagaba la cura de su mula» (17). El folclore, asimismo, censura a través de refranes y cuentecillos el desmesurado amor de los doctores por el dinero (*doblones* en el poema tirsiano) y su carácter interesado. Es necesario recurrir una vez más a la sabiduría paremiológica del maestro Correas:

Alargar la cura

De los médicos y cirujanos que alargan la cura para haber más provecho; trasládanse a otras cosas y pleitos. (18)

Quedó comentado anteriormente el lenguaje oscuro empleado por los médicos. Su pedantería lingüística se acrecienta por el uso de aforismos que entorpecen la inteligencia de sus diagnósticos. Si en los versos objeto de comentario se habla de *aforismos indigestos*, en la comedia *El amor médico* vemos una clara muestra de los mismos:

JERÓNIMA

Si vueseñoría, señora,  
 no procurara divertirse,  
 y imagina, estando sola,  
 tristezas, enfermará;  
 que *imaginatio* es axioma  
 general, que *facit casum*;  
 y así será bien que ponga,  
 con medios preservativos,  
 atajos a esta ponzoña.

(16) *Deleytar aprovechando*, Madrid, Imprenta Marín, 1765, Tomo I, pp. 222-223.

(17) GONZALO DE CORREAS, *Vocabulario de refranes*, ed. cit., p. 11a.

(18) *Ibid.*, pág. 605b. CHEVALIER en su artículo «Le médecin...», art. cit., pp. 30-35, recopila un gran número de ejemplos acerca del desmesurado amor que sienten los doctores por el dinero.



## ESTEFANÍA

No gastéis, señor doctor,  
de aforismos tanta copia;  
que es almacén ordinario  
de todo médico broma. (19)

Así pues, en los versos del *Deleytar aprovechando* Tirso de Molina satiriza a los médicos siguiendo fielmente el retrato topiquizado que de ellos se había hecho en la época. Ocurre, sin embargo, que la descripción de indudable tenor cómico aparece inserta en un poema consagrado a loar a San Francisco Javier, lo que no deja de ser sorprendente. Ahora bien, en esta ocasión la coherencia da la impresión de mantenerse ya que los versos que siguen concuerdan, en cierto modo, con los de la sátira a los médicos:

A vosotros aviso que ha venido  
al mundo un Protomédico Navarro,  
Doctor a pie, de la humildad vestido  
(pues no cura mejor el más bizarro),  
no registra excrementos, no ha tenido  
necesidad de récipes de farro  
porque, a pesar de las flebotomías,  
sin purgas da salud, y sin sangrías.  
La enfermedad que, a fuer de monja o dama,  
se pierde por visitas de ordinario,  
le conoce sin verle por su fama,  
porque es Doctor que cura por Vicario:  
a un *exi foras* sale de la cama  
el ético, el buboso, el cuartanario,  
y esto sólo mandandoles ausente:  
sanad, enfermos, vista la presente.

Si lamparones cura el Rey de Francia,  
sólo es de aquel cuya garganta toca,  
pero Xavier, sin tanta circunstancia,  
la vida y la salud tiene en la boca:  
ya tembláis de que os quite la ganancia,  
albricias, turba medicorum loca,  
que ya del cielo los zafiros pisa,  
no está en el mundo ya, matad aprisa. (20)

Frente al poder de San Francisco Javier para sanar enfermos, Tirso opone la torpeza de los médicos, que además de no curar, matan. En consecuencia, la sátira que lleva a cabo el Mercedario no violenta la coherencia del poema, pues en éste se alaba la capacidad terapéutica milagrosa del santo navarro; con lo que el asunto exige la presencia del tópico, es decir, la sátira de la figura del doctor en el Siglo de Oro, para

(19) *El amor médico*, ed. cit., vss. 1646-1658, p. 69.

(20) *Deleyta aprovechando*, ed. cit. p. 223.

resaltar de este modo al santo incensado. Obsérvese, asimismo, cómo la caricatura que Tirso hace de los médicos atraviesa todo el poema, incluso el último verso es una puntada irónica contra tales personajes. Creemos ver aquí una nueva prueba de la coherencia que ofrecen estos versos en honor de San Francisco Javier, ya que todo el poema se monta en torno a lo que, parodiando a fray Antonio de Guevara, podríamos titular *menosprecio de los matasanos y alabanza de un Santo que cura enfermos*.

La topiquizada figura del médico, por lo tanto, funciona no sólo como divertida sátira, sino que cobra un papel relevante al servir de contraste en la alabanza a San Francisco Javier. Es, por consiguiente, un ejemplo curioso del empleo de la tradición oral con otro propósito más, aparte del de entretener. Acaso constituyan estos versos una nueva muestra de la afición del Mercedario por entretejer lo deleitoso de la burla con lo útil de la edificación religiosa. No en vano, pues, la miscelánea donde se recogen tales versos la rotuló Tirso con el significativo título de *Deleytar aprovechando*.